

NOTAS

Del folklore peruano.

EL ORIGEN DE LAS SIETE CABRILLAS

En algunos pueblos de la provincia de Yauyos, se relata este mito cosmogónico, que también he oído narrar en Lima.

Cierta vez, hace mucho tiempo, una espantosa sequía terminó con las sementeras. En las chacras abandonadas no crecía ni el más mísero abrojo: la tierra llena de grietas parecía maldita. Vivía por entonces, una familia muy pobre con siete hijos, que casi nada tenía guardado en su colca. Por eso, al poco tiempo de que sobreviniera la consiguiente hambruna, todas sus provisiones concluyeron. No quedaba ya ni un grano de maíz. Tampoco, de quien mendigarlo, pues todas las gentes huyeron. Y los niños lloraban de necesidad. Sus padres doloridos de tal estado, decidieron hartar con sus propias carnes, el hambre de sus hijos. Cortáronse las piernas y los brazos y entregaron a cada niño un trozo de ellas con que satisficieron su gran necesidad.

Se había realizado el último sacrificio: ya nada más podía hacerse. Impotentes para contemplar la horrible agonía que la desgracia deparaba a sus hijos, prefirieron dejarlos en la cueva que les servía de habitación, aprovechando de su sueño. Cuando comprobaron que los siete dormían profundamente, los vientrecitos saciados, semblantes risueños, padre y madre transidos de pena, partieron con el alba en busca de más feraces comarcas.

Tarde despertaron los pequeñuelos y tan pronto como percibieron la ausencia de sus padres salieron de la cueva a buscarlos. A poco de caminar, afanosos rastreando huellas, ha-

llaron unas rojas, de sangre fresca. Correspondían a los pies mutilados de los viejos amorosos. Siguieron la ruta marcada por ellas, a toda prisa, y al cabo de larga y fatigante caminata llegaron a las orillas de un río que recién descendía de las cumbres, turbio, arrollador y bullicioso. Allí, muy cerca ya de las aguas, yacían cuasi despedazados los cadáveres de sus padres. Los infelices no habían logrado saciar su sed ni siquiera con el agua terrosa de la lloglla. Cuando los niños se dieron cuenta de que habían comido las carnes de sus padres, buenos hasta el heroísmo, se deshicieron en lágrimas y lamentaciones.

El mayorcito, sobreponiéndose al dolor del momento, pensó en el desamparo en que vivirían si cada uno de los hermanos tomara distinto camino y, así, les dijo: Ya que no podemos estar como antes juntos a nuestros padres, como buenos hermanos prometamos no separarnos nunca.

¿Quieren hacerlo?—Sí, sí, respondieron los seis.

—Pero ¿cómo lo conseguiremos? les preguntó de nuevo. Y como, por aquellos tiempos las gentes tenían el poder de tomar otras formas, los entristecidos chiquillos gritaron:

—Nos volveremos un montoncito de piedras.

—No, porque vendrá algún cazador y al aventarnos con su huaraca contra los chilipits nos dispensará muy lejos.

—Volvámonos aguas de un río.

—No porque de él nos sacarán los hombres para bebernos o para regar sus chacras.

—Nos haremos polvo del sendero.

—Menos, cada viajero, llevándonos en sus llanques nos separará poco a poco y conoceremos solos, regiones lejanas.

—Seremos estrellas.

Y sin decir más, los siete hermanos ilumináronse, ascendieron a los cielos y desde entonces, en el espacio, brilla durante las noches, la constelación de las siete **cabrillas**.

Hemos creído interesante publicar la anterior leyenda por la conexión que guardan con los mitos tanto florestales como andinos de los mellizos, estudiados en relación con la divinidad Huiracocha por el Dr. Tello en "Inka" (No. 1) y con el Achicay, dado a conocer en esta misma Revista por Javier Pulgar. No

pretendo establecer, en la presente breve nota etnológica, la correlación de hechos y personajes, pero sí indico algunas analogías, de las más saltantes. Por ejemplo:

La etapa inicial de hambruna aparece en los mitos Yurakaré, Pacha Kamax y Achicay.

La circunstancia de exponer los padres a los niños tiene semejanza con el Achicay y con el mito Apo Katekil, en que los huachemines arrojan al muladar los huevos paridos por Cautaguán.

El proceso de la conversación entre los hermanos para decidir la forma que han de adoptar para no separarse, es parecido a la conversación de los mellizos o la mujer y su hijo con los diversos animales que encuentran en su camino.

Y por fin, los niños tienen su última y definitiva morada en el cielo como luminares. Los mellizos, también, truecánse estrellas.

Por lo dicho, a pesar de las diferencias de número de los niños y otras, puede verse el parentesco entre la leyenda de las siete cabrillas y dichos mitos.

Pedro M. Benvenuto Murrieta.
